





Ángela Vallvey Arévalo

AMANTES
PODEROSAS DE
LA HISTORIA





Ángela Vallvey Arévalo

AMANTES
PODEROSAS DE
LA HISTORIA

 *Editorial El Ateneo*

la esfera  de los libros

Vallvey Prado, Ángela

Amantes poderosas de la historia / Ángela Vallvey Prado. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo ; Madrid : La esfera de los libros, 2016. 384 p. ; 24 x 16 cm.

ISBN 978-950-02-9932-9

1. Historia. 2. Mujeres. I. Título.
CDD 909

Amantes poderosas de la historia

© Ángela Vallvey Arévalo Sánchez, 2016

© La Esfera de los Libros, S.L., 2016

Derechos exclusivos de edición en castellano para la Argentina, Uruguay, Paraguay, Ecuador, Perú y Bolivia

Obra editada en colaboración con La Esfera de los Libros - España

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2016

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición en España: enero de 2016

1ª edición en la Argentina: julio de 2016

ISBN 978-950-02-9932-9

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Impreso en Printing Books,
Mario Bravo 835, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en julio de 2016.

ÍNDICE

<i>Prólogo.</i> Las dueñas del mundo: honrada y ramera, esposa y virgen, mantenida y abandonada, madre e hija, reina y esclava... ..	15
1. SEMÍRAMIS. Emperatriz de Babilonia, ¿la amante lujuriosa?	39
2. RODOPIS. La Cenicienta de Egipto y el rey Amasis	47
3. ASPASIA Y PERICLES. La hetaira y el hombre de Estado, amor esculpido en piedra	73
4. EL AMOR DE VIRIATO. La rica heredera que convirtió a un joven pastor en un guerrero	83
5. CLEOPATRA VII. REINA DE EGIPTO. Julio César y, después, Marco Antonio	104
6. MESALINA. Y todos los hombres del Imperio	115
7. BERENICE DE CILICIA. El emperador Tito, un amor inquietante	130

8. TEODORA.	
Una prostituta se convierte en emperatriz de Bizancio ...	137
9. RODRIGO Y LA CAVA, EGILONA Y UN REY MORO.	
Líos de amor en la España visigoda	148
10. ZOÉ.	
La de los ojos negros y el emperador León el Juicioso	179
11. TEOFANÍA.	
Amante de tres emperadores	185
12. ZAIDA Y EL REY MORO POETA.	
Una esclava que recitaba versos de amor y un rey cristiano obsesionado por tener un hijo	200
13. INÉS DE CASTRO Y DON PEDRO I DE PORTUGAL.	
Amor más allá de la muerte	207
14. LOS «INSÓLITOS» AMORES DE ENRIQUE IV DE CASTILLA.	
El rey que no amaba a las reinas	212
15. DOÑA MARINA LA MALINCHE Y HERNÁN CORTÉS.	
Un romance entre dos conquistadores	218
16. DIANA DE POITIERS.	
El don de la belleza	229
17. LA CALDERONA Y FELIPE IV.	
La joven de la perla	237
18. MADAME DE MONTESPAN Y LUIS XIV.	
La amante bruja del Rey Sol	242
19. MADAME DE POMPADOUR Y LUIS XV.	
Una mujer exquisita	250
20. MADAME DU BARRY Y LUIS XV.	
Las joyas de la Corona	259
21. TERESA CABARRÚS.	
Madrileña castiza, reina de corazones y revolucionaria «moderada»	272

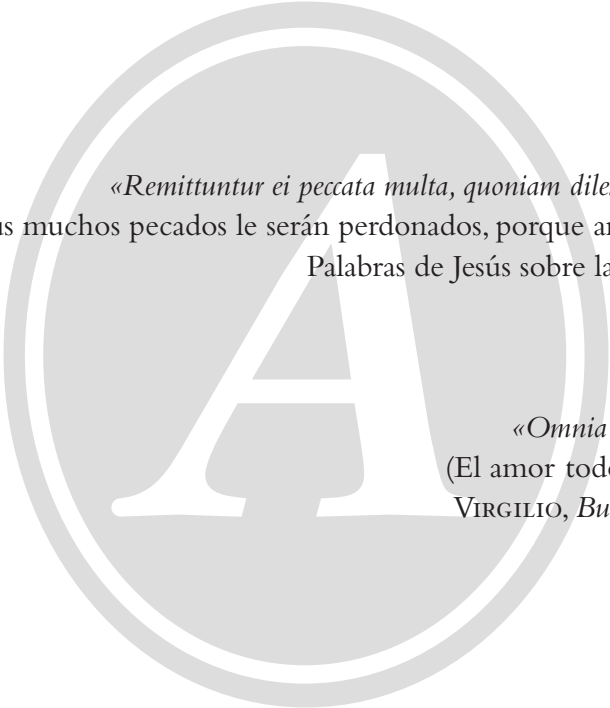
22.	MANUEL DE GODOY, PEPITA TUDÓ, MARÍA LUISA DE PARMA Y CARLOS IV. Un cuarteto de amor y celos	285
23.	LOLA MONTES Y LUIS I DE BAVIERA. Un amor imposible	299
24.	ELENA SANZ Y ALFONSO XII. La sufrida amante del rey	312
25.	WALLIS SIMPSON Y EDUARDO VIII. «Mi reino por tu amor»	322
26.	CARMEN RUIZ MORAGAS Y ALFONSO XIII. El rey veleidoso y la actriz	337
27.	EDELMIRA SAMPEDRO Y ALFONSO DE BORBÓN, PRÍNCIPE DE ASTURIAS. Dos jóvenes locos, no solo de amor	342
28.	CAMILLA PARKER-BOWLES Y CARLOS DE INGLATERRA. Los eternos pretendientes	349
29.	CORINNA Y EL REY JUAN CARLOS I DE ESPAÑA. El precio en oro del amor	363
	<i>Bibliografía</i>	381





*A mi hermana Manuela,
para que se asombre ante el poder del amor.*





«Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum».
(Sus muchos pecados le serán perdonados, porque amó mucho).
Palabras de Jesús sobre la Magdalena
Lc 7, 47

«Omnia vincit amor».
(El amor todo lo puede).
VIRGILIO, *Bucólicas*, X, 69



PRÓLOGO

LAS DUEÑAS DEL MUNDO:
HONRADA Y RAMERA, ESPOSA Y
VIRGEN, MANTENIDA Y ABANDONADA,
MADRE E HIJA, REINA Y ESCLAVA...

EL PODER DE LA MUJER AMANTE EN LA HISTORIA

El estudio de la mujer ha atravesado distintas fases a lo largo de la historia, tantas como puntos de vista. Hasta que un buen día las propias mujeres pudieron dedicarse a reflexionar sobre sí mismas y sobre su pasado, los hombres las miraban como un fenómeno más de la naturaleza, con la curiosidad que despierta un mero objeto de análisis.

Ser mujer nunca ha sido fácil.

No lo fue antes y sigue sin serlo ahora.

Basta con echar un vistazo atrás para darnos cuenta de que nuestras antepasadas sufrieron mucho para llevar a cabo la simple tarea de permanecer sobre el mundo y poder cumplir el primer mandato de la evolución, que es la supervivencia... Incluso ahora la tarea no resulta sencilla. En la mayor parte del planeta las mujeres continúan siendo subordinadas al hombre y desplazadas por él, cuando no esclavizadas.

Durante mucho tiempo los cronistas vieron el matrimonio como una prueba mediante la cual poder analizar el grado de civilización que alcanzaban las distintas sociedades. Los historiadores, sobre todo cristianos, pensaban que la medida de la evolución de cualquier sociedad venía dada por las condiciones en las que se celebraba el matrimonio y el lugar que la mujer ocupaba en él. En aquellos pueblos donde las mujeres estaban en una situación considerablemente inferior al hombre, y tampoco tenían acceso a una mínima educación, se

generaba el fenómeno de la poligamia, decían dichos autores. Sin embargo, cuando la cultura y el refinamiento alcanzaban cotas elevadas, las costumbres y las leyes reconocían a la mujer, la situaban como compañera única del marido, como dueña del hogar.

Las sociedades más prósperas y avanzadas son, en efecto, aquellas que «cuidan» a la mujer porque le conceden poder. Las que le otorgan un sitio y le permiten desarrollar sus capacidades. Es cierto que, a lo largo de los siglos, la mujer únicamente ha podido ejercer el poder en el ámbito doméstico, y muy pocas veces fuera de él, aunque ser capaces de gobernar ese espacio de la intimidad también ha permitido a algunas de ellas extender su influencia a la política, la cultura, la economía... Ser dueñas del mundo.

La historia parece corroborar que si es un bárbaro, el hombre busca a una mujer únicamente cuando esta es dócil, fuerte y se somete a sus órdenes, pues lo que quiere, en realidad, es una criada, una esclava sexual y una fuerza de trabajo que le ayude a sobrevivir, reproducirse y saciar sus necesidades, porque no desea, ni tolera, ni sueña con una compañera de vida.

Por el contrario, cuanto más exquisitas y adelantadas son las sociedades, más poder ofrecen a la mujer.

En el antiguo Egipto, el matrimonio era toda una institución social. La mujer egipcia gozaba de un respeto y consideración del que carecían sus compañeras del resto de África y del Oriente. La madre era objeto de orgullo; quien tenía una madre ilustre presumía de ello, se jactaba de ser «hijo de». En documentos y contratos, incluso se hacía constar la descendencia materna de los contrayentes. La madre, pues, era una referencia venerable, de la cual presumía su hijo. Era una figura respetada; la palabra que se empleaba en los contratos de matrimonio era *neb-t-pa*, el «ama de casa», a quien su marido otorgaba ese título de estimación.

Resulta sorprendente descubrir en las pinturas de la época a las mujeres egipcias engalanadas con flores y ricas joyas, sentadas a la mesa en un sitio de honor, mientras que en otros dibujos podemos ver, a menudo, a los hombres dedicados a trabajos domésticos, en unos casos guisando, en otros ordeñando vacas..., labores consideradas típica-

mente femeninas. Sófocles y Heródoto cuentan, y se burlan de ello, que las mujeres egipcias ejercían el comercio mientras los varones se quedaban en casa tejiendo.

Quizás no reparaban en que esto ocurría (hablamos de hace cuatro mil años a. C.) cuando ya había sido construida la gran Esfinge, en una sociedad que había logrado canalizar el Nilo. Una cultura que consiguió formar ingenieros capaces de edificar ingenios que doblegaban a la naturaleza y elevaban su esplendor hacia el cielo, donde habitaban los dioses más altivos.

Mientras sus coetáneas en otros lugares del mundo aún corrían desnudas presas de ansiedades prehistóricas —conseguir agua y evitar que el fuego se apagase, por ejemplo—, la egipcia era una mujer refinada que llegaba al casamiento como un ser independiente, capaz de estipular en el contrato matrimonial que ella misma se haría cargo de la administración de sus propios bienes, e incluso que estaba decidida a habitar en una vivienda distinta de la de su marido. En las descripciones de las ceremonias matrimoniales de la época, se dice que el hombre acudía a ellas acompañado de la mujer, llevándola de la mano, y presentándose delante de un sacerdote o de un juez.

Algunos escritos egipcios permiten deducir que el matrimonio conllevaba un periodo de prueba de un año, al cabo del cual el marido declaraba aceptar a su compañera, y hacerla definitivamente su esposa.

Visto desde hoy, el contrato matrimonial egipcio parece de lo más sensato: ofrece la posibilidad de arrepentirse a lo largo de todo un año. Como si el legislador prefiriese darles a los novios la oportunidad de retractarse antes de seguir adelante con el compromiso y meter la pata de manera más intensa y profunda.

Así que se establecía lo que se llamaba «la aceptación por mujer», y al cabo de un año el «establecimiento como esposa». En el futuro, también el matrimonio podía disolver su unión sin más consecuencias que una simple multa que, además, debía pagar el marido.

La situación de la mujer egipcia era, según todos los indicios, más que privilegiada, teniendo en cuenta que hablamos de hace miles de años. La egipcia tenía derechos, «tantos» que escandalizaron a autores

como Diodoro de Sicilia, que se quejaba irónicamente de que «los maridos egipcios consentían en condescender en todo a los deseos de sus mujeres». Valientes pollerudos, venía a decir el clásico.

Es cierto que los hombres egipcios trataban por lo general a sus mujeres con consideración. Cuando una de ellas, por ejemplo, aportaba un bien personal al nuevo hogar, el marido se sentía imbuido de un delicado pudor —debían de pensar que hablar de dinero y propiedades es algo de muy mal gusto—, y aceptaba la aportación con una fórmula que se incluía en los contratos y que decía, muy poéticamente: «Mi corazón está satisfecho. Te estableceré por esposa o, si no, te restituiré tus bienes de mujer y el precio de los mismos será en plata como queda escrito». Una prueba de deferencia y confianza que se dejaba impresa en el contrato, como demostración de amor, pero sobre todo como contundente efecto administrativo. Que una cosa es el corazón y otra el estómago.

Es decir, que las egipcias disfrutaban del derecho a casarse en régimen de bienes separados. Cuando contraían matrimonio, el marido transfería habitualmente todas sus propiedades a la esposa y a los posibles hijos que resultasen de esa pareja, de manera que a lo largo de su vida se convertía en usufructuario de sus propiedades, dejándolo todo en manos de su mujer.

Era tanta la independencia de la que gozaban las señoras que el marido debía ser precavido y dejar por escrito, en el contrato nupcial, que, a cambio de convertirla en la reina de la casa, ella se comprometía a atender los gastos de subsistencia de su esposo y también los de su sepultura, un asunto de la mayor importancia en la época, porque a un egipcio le costaba más dinero morir que vivir cien años.

Claro, que tantos beneficios legales tenían, cómo no, su parte inconveniente: a la mujer egipcia se la protegía y cuidaba siempre que gozase de una conducta intachable. Si era una señora de prestigio, honrada y decente, digamos... Porque en cuanto que se pasaba de frívola, la cosa cambiaba de manera escalofriante...

Dice Diodoro de Sicilia que a cualquier hombre que faltaste al respeto a una mujer de buena reputación se le castigaba con unas severas penas que le quitaban para siempre las ganas de volver a propa-

sarse con una dama. Se atormentaba al incauto con condenas muy estrictas; por ejemplo, le atizaban mil golpes de vara distribuidos de manera precisa, generosa y conveniente a lo largo de su anatomía. Lo bastante poco enérgicos como para no llegar a matarlo —si moría, entre otras cosas, el muy atrevido no aprendería la lección, con lo cual el castigo carecería de sentido—, y lo suficientemente tónicos como para que sufriese hasta el límite de su capacidad humana. Hay que suponer que por aquella época no floreció precisamente la costumbre del piropo y que el acoso sexual no estaba muy bien visto.

La egipcia de aquellos viejos tiempos no era una mujer de piel oscura sino más bien de tono blanco, dorado, amarillento, con facciones suaves y una expresión entre pícara e inocente, con grandes ojos y oscuros cabellos largos y espesos. Le gustaba bañarse, perfumarse con esencias exóticas y llevar unas amplias camisas que rozaban delicadamente sus tobillos. Se trenzaba el pelo y lucía muchos brazaletes de oro, diademas, pectorales de piedras preciosas y pendientes hechos de metales nobles; usaba sandalias de papiro trenzado —a los maridos les disgustaba que sus esposas anduvieran descalzas, y cuando deseaban impedirles que salieran a la calle, les escondían los zapatos—; los niños, los criados y las esclavas solían ir desnudos. La climatología lo permitía. El calor era abrasador. Incluso los hombres solían pasarse con el torso desnudo y una especie de faldita que les cubría escasamente desde la cintura hasta la rodilla.

La orfebrería floreció en unos tiempos prósperos, en los que las mujeres gustaban del lujo de las joyas, que no solo podían encontrarse en las tumbas de las reinas y las princesas egipcias, sino en los cuellos y los brazos de las jóvenes y de las maduras amas de casa egipcias.

A las mujeres se les pedía, a cambio de tanta salvaguarda y amparo legal, que tuviesen una escrupulosa consideración con sus maridos y con la sociedad en general, y se comportaran como unas auténticas santas. De la esposa se esperaba y se exigía la más absoluta de las reservas, la decencia más impecable, la conducta más proba y ejemplar. Si esto no ocurría, y su comportamiento era considerado vituperable, frívolo, inconveniente o ligero —lo que se llamaba una mujer viciosa, «colección de todas las maldades y llena de intrigas», según decía el fa-

moso papiro mágico de Harris—, lo que para nosotros todavía sigue siendo la «clásica mujer ligera de cascos», si la señora era lo que entonces se calificaba como una «hiena» o una «pantera», no tardaba en recibir asimismo su ejemplarizante escarmiento: para enseñarle buenas costumbres se recurría al expeditivo método de cortarle la nariz. Con este castigo se impedía que la mujer, al verse privada de sus encantos, volviese a tener tentaciones veleidosas. Pues es cierto que, sin nariz, pocas son las mujeres capaces de seguir cultivando con interés los misterios y prácticas de la seducción y el adulterio, que diría Diodoro de Sicilia... Ni las mujeres, ni los hombres, ni ningún bicho viviente que ose respirar sobre la tierra, claro.

Revisando la historia de las mujeres, a veces resulta inquietante la sensación de que algunos de sus derechos se han ido perdiendo en lugar de afianzándose. Seis siglos antes de Cristo, en tierras de Mesopotamia y Caldea, el derecho babilónico ofrecía condiciones legales a las jóvenes caldeas que eran mucho más ventajosas que las de la mujer romana. Por ejemplo, las jóvenes babilonias nacidas libres aportaban a su matrimonio una dote de dinero, esclavos y muebles. La esposa invocaba la cólera de los dioses en caso de que su marido violase los compromisos contraídos en el contrato nupcial. Y si este fallecía dejándola viuda, y alguno de sus familiares se veía espoleado por la codicia y trataba de quitarle lo que era suyo, ella estaba protegida por la ley hasta el punto de que podía acudir a los magistrados de Babilonia y defender ante el tribunal su causa, tal y como se ha podido saber descifrando algunas tablillas encontradas en las antiguas ciudades asirias, un escenario que, por cierto, hoy día, veintiséis siglos después, es pasto de la barbarie del terrorismo de raíz religiosa (valga la contradicción), la intolerancia y la ignorancia más escandalosa y sangrienta del ISIS o mal llamado «Estado islámico». Un lugar en el que siglos antes de la era cristiana la ley obligaba a los padres a enseñar a leer y escribir a sus hijos, bajo la amenaza de distintas penas si no cumplían con el mandato legal. Hace más de cuatro mil años la instrucción era obligatoria, la ley decía que el padre «deberá hacer aprender a sus hijos el arte de escribir». Mientras que, actualmente, el salvajismo del terror intenta destruir todo atisbo de iluminación, de cultura y de progreso.

Un emblema del poder de la mujer en Egipto es, sin duda, la reina-faraón Hatshepsut, que logró que Egipto, bajo su reinado, se convirtiese en el centro del mundo. Su inteligencia, audacia y sentido común, además de sus extraordinarias dotes para la política, lograron que se desarrollara con sagacidad en un universo plagado de intrigas palaciegas, por no hablar de las conspiraciones de los sacerdotes de Amón, que ostentaban un poder casi absoluto contra el que ningún faraón se había atrevido a luchar.

Se hizo coronar con todas las atribuciones masculinas de los faraones, aunque se negó a ostentar el título de «toro poderoso» (algo que no podemos reprocharle, desde luego). A cualquier otra mujer —de cualquier tiempo y lugar— le hubiese horrorizado pasar por una mujer barbuda, pero ella no dudó en hacerse representar con una barba postiza, signo que transmitía al pueblo la idea de que ella, a pesar de ser una mujer, no carecía de valor y de todas esas cualidades que a los hombres se le suponen sin más y que las mujeres han de demostrar constantemente. Ella lo hizo. Y su reinado fue uno de los más prósperos que los súbditos egipcios tuvieron ocasión de disfrutar.

Fue una reina diplomática y pacifista, a pesar de que hubo de emplearse en la guerra cuando no tuvo más remedio. Sin embargo, su verdadera pasión fue construir. Edificó el famoso y espléndido templo de Luxor, con sus gigantescas columnas de diecisiete metros de altura que imitan a la planta del papiro. Un templo que fue sucesivamente ampliado y ennoblecido por los reyes que sucedieron «al faraón» Hatshepsut, como se hacía llamar la reina. Dedicó la mayor parte de sus esfuerzos a restaurar templos, halagando así la vanidad de los sacerdotes, a los que dio quizás demasiado poder, pero de los que se sirvió hábilmente durante su reinado.

La reina amaba Tebas, su ciudad, y decidió embellecerla. Creó el recinto de las barcas sagradas de Luxor, edificó la Capilla Roja del templo de Amón, en Karnak, las canteras de Asuán... También mandó erigir los obeliscos más grandes que se habían construido hasta la fecha y otras maravillas que ideó junto a Senenmut, su arquitecto favorito (¿y quizás amante?).

Sin duda, una mujer que supo aunar las cualidades de intuición, osadía y delicadeza, junto a una vigorosa capacidad política y una inteligencia práctica y diplomática que le granjeó un reinado de paz y prosperidad y un lugar destacado en la historia de su pueblo.

Otras mujeres que también ostentaban cierto poder en Egipto eran las sacerdotisas, que se encargaban de realizar algunas ceremonias. Tenían a su cargo la función de ser cantantes en los templos y danzarina sagradas. Las reinas, las princesas, las hijas y mujeres de los sacerdotes manejaban el sistro, un instrumento musical compuesto por unas varillas metálicas que se hacen sonar al agitarlo. A ellas se les encargaba ejercer de comadronas, o sea, de delegadas mágicas de los sacerdotes cuando había que acoger a un nuevo espíritu en la tierra.

Sobre todo los príncipes eran asistidos en su nacimiento por las sacerdotisas comadronas, que se arrogaban la representación de distintas diosas: Maskenet, dios de los partos y los nacimientos, Neftis, diosa de la muerte, Isis, madre de la humanidad...

Las sacerdotisas comadronas sentaban a la futura madre en un gran recipiente de barro cocido, que, en caso de ser la parturienta una mujer de muy noble cuna, se convertía en todo un lujoso balde de maderas preciosas con incrustaciones de plata (lo cual probablemente no impedía que el recipiente terminase en las mismas lamentables condiciones, una vez finalizado el parto, que si la mujer que daba a luz hubiese sido de humilde extracción, pues todas las madres acaban pariendo de la misma manera, más o menos).

Las sacerdotisas parteras ayudaban a la madre con las manos —queremos pensar—, pero principalmente con sus fórmulas mágicas, ya que hablaban directamente al niño que estaba por nacer, dándole indicaciones y órdenes tales como: «No viajes más en su vientre, ven al sol», y otras prácticas sugerencias para neonatos remolones.

Es probable que el poder de estas sacerdotisas, y sus éxitos en el campo de la medicina y la obstetricia, proviniesen sobre todo de la capacidad de sugestión que ejercían sobre un pueblo crédulo, siempre dispuesto a confiar en sortilegios misteriosos, pociones sobrenaturales, ceremonias secretas y profecías varias. Aquellas muchachas expertas en astrología, probablemente muy jóvenes, bellísimas y altivas como mo-

delos de Victoria's Secret, se hubiesen vuelto locas de alegría si hoy día les hubiesen concedido un canal de televisión digital, las veinticuatro horas a su disposición, para hacer conjuros a través de la tele.

En un mundo plano, que detestaba las variaciones y los cambios, no solo políticos sino religiosos, algunas mujeres ejercieron una influencia decisiva: es el caso de la ya mencionada reina-faraón Hatshepsut, pero también de las reinas Tiy y Nefertiti, que tuvieron el valor de oponerse al poder omnímodo de la clase sacerdotal y gobernaron Egipto, si no en «primera línea de trono», sí en un discreto pero muy poderoso segundo plano, como es el caso de Tiy.

Hay una pequeña estatua con la cabeza y el rostro de Tiy tallado en madera de tejo que se conserva en Berlín y que deja patente el vigoroso carácter de la reina, la que fuera tan solo la hija del funcionario Yuya y de su esposa Tuya. Va ataviada con el tocado correspondiente a las grandes esposas reales, de forma que se alude a su divinización, y que era propio también de quienes ocupaban altos cargos en el clero. Pero lo de menos es la ornamentación de la estatua, lo más interesante de ella es la forma en que muestra la cara de la gran reina, con un naturalismo que sorprende.

Ofrece la impresión de que era una mujer de piel oscura, y aunque los arqueólogos achacan el tono de la madera al paso del tiempo —el transcurso de los milenios habría conseguido oscurecer la madera de tejo—, esa sensación no la da el mero color de la estatua, sino los rasgos de la mujer que representa. Destacan poderosamente sus ojos, las pupilas negras, poderosas, que transmiten alguna clase de sentimiento más allá de la materia inerte, como si el artista hubiese logrado captar la profundidad de la mirada de la reina. Luce unas cejas altas y elegantes y unos grandes ojos, algo saltones, de forma almendrada, los pómulos también son altos, claramente orientales, de una refinada y graciosa majestuosidad. Cuando el artista retrató a Tiy, ya era una mujer mayor que presentaba síntomas claros de flacidez en el rostro, y arrugas bajo la nariz, a pesar de que seguía conservando una hermosa boca, llena y sensual, la evidencia de que en su juventud debió de ser una mujer bellísima. Tenía arrugas en la frente y los surcos alrededor de la boca son pronunciados, dándole un rictus algo severo, incluso desengañado, ha-

ciendo que su boca se curve hacia abajo ligeramente, en un gesto muy sugerente que oscila entre la compasión y el desprecio. La nariz es estrecha y larga, y, vista de perfil, la reina parece realmente una mujer oscura de piel. Hermosa y cansada, quizás abrumada por las responsabilidades del poder. Resulta una experiencia asombrosa observar con detenimiento esta estatua porque destila, además, el talento extraordinario del artista que la creó, dotado de una sensibilidad que ha traspasado los milenios. Que no fue complaciente con su modelo, sino que supo destilar su personalidad, su alma: la de una mujer fuera de lo común.

Tiy era de origen asiático y no tenía sangre real, algo que nunca la hizo sentir incómoda. Ni lo ocultó ni trató de cambiar su historia. Se casó con el rey Amenhotep III y fue madre del heredero, Amenhotep IV, Akenatón. Contrajo matrimonio a los siete u ocho años con Amenhotep III, que sería un par de años mayor que ella. A partir de entonces, ambos se hicieron inseparables. Teniendo en cuenta que su marido podría haberse casado con alguna de sus hermanas, que la eligiera a ella no dejaba de resultar inquietante. La pasión con que su esposo el faraón la trató durante toda su vida, por no hablar de la gran cantidad de hijos que tuvieron juntos, permite sospechar que entre ellos hubo algo que probablemente se parecía mucho al amor. Las esculturas de Tiy aparecían siempre en pie de igualdad junto a las de su marido, para sorpresa y escándalo de sus contemporáneos, que no habían visto a una reina figurar de manera tan notable en la vida pública desde los tiempos de la «faraón» Hatshepsut hacía ya más de cien años...

Inmediatamente, al clero le resultó sospechosa y antipática. Una mujer como Tiy, con la influencia brutal que ejercía sobre su marido, nunca podría ser bien recibida por un estamento que disputaba al faraón el poder. La llamaron «la hija de la nada», pero no consiguieron impedir que fuese su hijo, Amenhotep IV —Akenatón, el primer gobernante monoteísta de la historia—, quien sucediera a su padre.

Tiy, junto con su esposo, impulsó una gran reforma religiosa, pensando más en el pueblo que en el despotismo de la clase sacerdotal. De no ser porque su esposo murió, probablemente podría haber llevado a cabo transformaciones asombrosas para su tiempo. Educó a su hijo, el futuro Akenatón, en el monoteísmo, apartándolo de la superstición y

adoración de animales sagrados, lo que constituía por entonces la religión; le enseñó valores en los que pesaba más el civismo que la superchería habitual de su tiempo, inculcándole una indeleble suspicacia con respecto a los abusos de los sacerdotes.

Hemos de pensar en lo que supone una actitud como la de Tiy en un tiempo como el suyo; en lo difícil que resultaría oponerse a la costumbre religiosa de su momento histórico, en la gran personalidad que necesitaba una mujer para ir contracorriente. Pero Tiy poseía el discernimiento y el arrojo necesarios para acometer una tarea como esa. Así que educó a un hijo atípico, Akenatón; fue la esposa favorita de un faraón fuera de lo común; y además llegó a ser la suegra de la gran Nefertiti, de la que, para hacer honor a su carácter original, fue una gran aliada. Ni siquiera en eso fue vulgar, no era la típica suegra que se lleva mal con su nuera: Tiy inmediatamente reconoció en Nefertiti un temperamento extraordinario, y se convirtió en su amiga y asociada.

Por otro lado, y así lo confirman las últimas investigaciones arqueológicas, parece probable que Tiy fuese también la abuela de Tutankamón. Los investigadores creen que Tutankamón fue el fruto de la unión entre Akenatón y una de sus hijas. En la tumba del faraón niño Tutankamón, que murió con diecinueve años, y cuya máscara de oro es famosa en el mundo entero, dicen que se encontraron unas cajitas con mechones de pelo de Tiy, guardados como reliquias, lo que indica con total seguridad que entre el joven faraón y su (probable) abuela hubo una relación de cariño muy especial. Quizás Tutankamón fue doblemente nieto de Tiy, (al ser fruto de la relación de Akenatón con una de sus hermanas, hija también de la reina). Incluso se ha llegado a sospechar que Tutankamón fuese un hijo más de la reina Tiy, pero no parece probable que ella estuviese en edad fértil cuando nació el joven faraón. Lo más seguro es que fuese el retoño de una de las hijas de Tiy, una de aquellas princesas que nunca fueron ascendidas al rango de grandes esposas reales, pero que durmió, o se casó, con su hermano Akenatón.

El joven faraón Tutankamón había llegado al trono con ocho años y murió débil, enfermo y achacoso, según concluye la última investi-

gación internacional, llevada a cabo bajo el mando del director del Consejo Superior Egipcio de Antigüedades, Zahi Hawass. Padecía una grave enfermedad ósea y el peor tipo de malaria tropical. Más de tres mil trescientos años después de su muerte, se pudo extraer ADN de su cuerpo y hacerle distintos test genéticos, hasta que los científicos descubrieron que el padre de Tutankamón fue el rey Akenatón, que lo tuvo con alguna de sus hermanas o hijas.

La relación incestuosa de sus padres, según el investigador Albert Zink, fue seguramente la causa de las muchas malformaciones del legendario niño rey, que sería enterrado con abundantes riquezas, pero también con unos bastones que en vida le ayudaban a sostenerse en pie, pues sus enfermedades no le permitían siquiera caminar como un muchacho sano de su edad.

La endogamia acabó con su dinastía, los sucesivos matrimonios entre padres e hijas, entre hermanos y hermanas, terminaron por debilitarlos hasta hacerlos desaparecer.

Tutankamón fue enterrado con sus tesoros, con dos de sus hijos nacidos muertos y con una hermosa máscara de oro, que ofrecía la imagen esplendorosa y saludable de un joven dios, a pesar de que, debajo del metal precioso, yacía el cuerpo de un pobre tullido con el labio leporino y los huesos roídos por la necrosis. El faraón más famoso de la historia —para nuestra época contemporánea— no murió asesinado, como se rumoreaba desde que se descubrió su fastuosa tumba, sino de enfermedad, por la degeneración de su cuerpo que convirtió a un joven que no llegaba a la veintena en un viejo lisiado.

Cuando Amenhotep IV, Akenatón, el hijo amado de Tiy, tenía dieciocho años, se enamoró perdidamente de la que habría de ser su mujer. Y no, no era una de sus hermanas. Se llamaba Nefertiti, había nacido alrededor del año 1370 a. C., y llegaba desde Asia, en una caravana de las que por entonces atravesaban el mundo conocido llevando toda clase de mercancías y artículos de lujo. Akenatón la bautizó como «Bondad de Atón, la bella ha llegado», o sea, Nefertiti.

La magnífica Nefertiti, una de las más hermosas princesas de la época, correspondió al amor del joven rey Akenatón; ambos eran

unos adolescentes y se profesaban un afecto parecido al que la reina Tiy demostró por su marido. De alguna manera se repetía la historia: una muchacha atractiva que venía de tierras lejanas enamoraba al faraón y se convertía en la gran esposa real, la favorita, la compañera afectuosa y fiel, revelando un amor romántico extraño y precioso para su tiempo.

Los bustos policromados que se conservan de la reina Nefertiti permiten observar la espléndida belleza de una princesa que exhibe unos rasgos armónicos, que destilan inteligencia, serenidad y a la vez firmeza. El naturalismo en el arte impregnaba su época, lo que nos permite suponer que estos retratos esculpidos se aproximan fielmente a la apariencia que debió de lucir aquella gran reina.

Nefertiti y Akenatón inauguraron un nuevo estilo en la realeza del Egipto antiguo. Se hicieron representar en escenas que reproducían su vida doméstica, ambos en pie de igualdad jugando con sus hijas en las rodillas. Fueron los primeros faraones «campechanos» de la historia. Los relieves en piedra caliza, que seguramente eran parte de altares de adoración familiar, representaban a las figuras del rey y de la reina bajo un gran sol, el Dios verdadero, mientras ellos jugueteaban con sus niñas. Se hacían pintar y esculpir como una familia «normal», actuando de forma sencilla, igual que lo haría cualquier otra de sus contemporáneas en la tierra del Nilo.

Los historiadores no se ponen de acuerdo a la hora de decidir quién ejerció más influencia sobre quién, si Nefertiti sobre su marido Akenatón, o este sobre ella. Seguro que, como suele ocurrir en estos casos, el influjo fue mutuo. Quizás porque Nefertiti era extranjera, como en su momento lo fue su suegra Tiy, Egipto comenzó a abrirse a las influencias del exterior, cuando hasta entonces había permanecido impermeable y cerrado al resto del mundo. Tanto los gobernantes egipcios como el pueblo llano, sentían aversión por el contacto con el extranjero, desde los tiempos del Génesis. De modo que este cambio de actitud supuso una gran conmoción y un salto brusco y contundente en las costumbres, también en la moral.

Aunque la verdadera transformación del reino vino a raíz de la implantación del culto a Atón, declarado por el faraón como el único

Dios verdadero, creador de todo lo existente. Un dios que desplazó al resto de dioses y diosas y animales sagrados que florecían en Egipto en un número incontable. Se prohibieron todos los dioses que había en el panteón egipcio hasta la fecha, y la práctica de la magia que acompañaba a sus ritos.

Para dar fe, nunca mejor dicho, de que el faraón era el primer creyente en la nueva religión, se cambió de nombre, dejó de llamarse Amenhotep IV («descanso de Amón», siendo Amón uno de los antiguos dioses) para pasar a llevar el de Akenatón («espíritu de Atón», siendo Atón el único dios verdadero). Para completar el proceso, trasladaron la capital del reino, abandonaron Tebas y transfirieron su poder a la nueva ciudad Tell-el-Amarna, que mandaron edificar desde la nada. La llenaron de agradables jardines, templos y palacios reales, tumbas excavadas en la roca e incluso una ciudad para los trabajadores de la necrópolis, además de refinadas construcciones de ladrillo recubierto de porcelana azul. Durante catorce años, aquella distinguida ciudad fue la capital de Egipto. Hoy apenas queda nada de ella: una vez desaparecido Akenatón, su nombre se convirtió en maldito y fue perseguido todo lo que recordaba a él y a su dios único, Atón. Destruyeron los templos, esculturas y tumbas que había mandado construir el faraón del único Dios verdadero. Cuando Tutankamón —que era su hijo, aunque no tenido con Nefertiti, sino producto de las relaciones incestuosas de Akenatón— alcanzó el trono, se procedió a destruir sistemáticamente todo lo que el antiguo faraón representaba.

Pero antes de eso, hubo tiempo para que Nefertiti y su amado vieran una historia de amor entre los árboles de los jardines de la nueva capital del reino, llenos de palmeras y fuentes, arrullados bajo el viento que se enredaba en las ramas de las acacias, mientras contemplaban el cielo sobre el Nilo, de un color amarillo dorado y violento, y planeaban que su pueblo olvidaría las viejas prácticas de superstición e ignorancia en favor de la nueva religión.

Pero el pueblo egipcio fue incapaz de asimilar los cambios religiosos. Los sacerdotes, despechados, desplazados en el control del gobierno, intrigaban para acabar con el faraón que los había desalojado del

poder, apoyados en el recelo y la superstición de las gentes sencillas, siempre temerosas y desconfiadas ante cualquier novedad.

La complicidad entre Nefertiti y su marido era tal que este la nombró reina-faraón, con el nombre de Neferneferuatón.

Llegado un momento crítico de la historia, con la clase sacerdotal puesta en pie de rebelión y conspiración, Nefertiti desaparece e irrumpe en el puesto de gran esposa real una de sus hijas: Meritatón.

Akenatón y Nefertiti no tuvieron hijos varones, tan *solo* seis hijas. Cuando la hija ocupa el lugar de la madre, también aparece un corregente llamado Neferneferuatón («la amada de Akenatón»), lo que permite sospechar que se trata de la propia Nefertiti, que no ha muerto como se hace creer, sino que ha cambiado de nombre y ocupado el lugar de la gobernanza para apoyar a su marido. De modo que la hija está en el sitio de la madre y la madre se sienta al lado del marido para mandar... Si alguien sabía de endogamia eran, desde luego, los faraones del antiguo Egipto. Para ellos, al principio y al final, todo quedaba en familia. La mafia no sabría hacerlo mejor.

Algunos historiadores, por el contrario, piensan que Nefertiti desapareció en el año catorce del reinado, después de ser desplazada por su propia hija en el lecho real, porque realmente murió, y que los dos corregentes sucesivos que acompañan al rey del dios verdadero, Akenatón, a lo largo de su reinado, podrían ser unos «amigos entrañables» del mismo, o sea, que el faraón mantuviese una relación homosexual, quizás con algún pariente. Hoy nos parece que no debía de ser fácil ver a tu marido dormir incestuosamente con la hija común de ambos, pero entonces se consideraba la única manera de mantener la pureza de la sangre. Y en esto los faraones egipcios eran muy estrictos, a lo que se ve, aunque a cambio solo consiguieran una buena cantidad de defectos físicos que los volvían tullidos.

El lío de momias que dejó aquella familia real es tan confuso que solo cuando se determine mediante test genéticos quién es quién, podremos hacernos una idea más auténtica de lo que realmente pasó. Lo que parece claro es que en la muerte se comportaron como en la vida, mezclándose en el lecho unos con otros tal y como habían convivido...

SUEÑOS DEL HARÉN

A pesar de todo, la mujer egipcia gozaba de suficiente libertad amorosa, incluso vista desde nuestra perspectiva moderna; pero cuando una esposa resultaba estéril, su marido podía pedirle el divorcio. Claro que, a estas alturas, por lo general los esposos habían establecido unas relaciones de cariño mutuo, e incluso de amor, y la separación se convertía en un trance duro y amargo. El marido se veía obligado a buscar descendencia porque la época así lo exigía. El Estado quería hijos para hacer más grande la nación, y socialmente la ausencia de ellos estaba mal vista, se convertía en un motivo de tristeza, de profunda depresión. De modo que el esposo, si apreciaba a su primera mujer, estaba facultado para casarse con una segunda que le diera retoños. De este modo, evitaba repudiar a la primera, que se mantenía como la dueña de la casa, la esposa titular, protegida por la ley y conservando las ventajas que esta le ofrecía.

Así empezó a germinar la poligamia. Y tras ella, el fenómeno del harén, que, aunque parezca mentira, hoy día sigue persistiendo en el mundo, permitido y respaldado con la excusa de la religión.

La poligamia es producto de una política natalista, que favorece y provoca al hombre para que dedique sus energías a traer muchos hijos al mundo, cuantos más mejor, y ninguno de ellos bastardo, pues incluso los hijos de las esclavas son considerados legítimos, la ley los ampara, obliga al padre a alimentar a todos sin hacer distinciones y les ofrece todos los derechos, aunque solo uno de ellos será el heredero: el primogénito.

Por supuesto, el faraón era el primer ejemplo de esta política; es el caso de Ramsés II, que tuvo ciento cincuenta hijos.

Podemos imaginar cómo sería un antiguo harén real. Por ejemplo, el del tal Ramsés. En él vivirían varios cientos de mujeres que habrían llegado de remotos lugares de la Tierra. Aquellas mujeres no compartirían la lengua, ni la nacionalidad, ni la cultura o la educación. Solamente tenían en común una cosa: el hombre con el que hacían el amor... de vez en cuando. Todas sus fuerzas, sus afanes y deseos estaban encaminados a un mismo propósito, ponerse bellas, ser deseables

para su rey. Muchas de aquellas jóvenes eran princesas asiáticas, de Persia, Siria, Caldea... Habían llegado provistas de sus propios atavíos, artículos de belleza y aseo, y de sus sirvientas, con las cuales podían hablar en su lengua materna. Competían entre sí por los favores reales y trataban de perjudicar a sus competidoras, mientras, a la vez, ofrecían una imagen apacible y armoniosa tal y como el rey esperaba de ellas.

El dueño del harén detestaba la idea de que sus mujeres se pelearan, que no se llevaran bien, que hubiese problemas... Los conflictos en el harén tenían difícil solución porque eran fruto de una serie de embrollos y mentiras, de alianzas y aversiones, tan difíciles de desenredar como una madeja de lana después de pasar por las garras de un gato nervioso.

Con cada una de aquellas mujeres «exóticas» —que significa, en realidad, «extranjeras»— el faraón establecía a su vez una alianza, íntima y familiar, con su país de origen, lo que se hacía a través de la sangre, teniendo muchos hijos con ellas. No cabía una firma de tratado más indeleble que aquella que se rubricaba con un hijo en común.

El faraón se veía obligado a mantener un harén fastuoso, con el que también debía tener mucho cuidado, pues cualquier contrariedad que se generase en él podía acarrearle conflictos diplomáticos. Y en aquellos tiempos la diplomacia no era un arte muy delicado que digamos.

Algunas de aquellas mujeres apenas conseguían estar un rato de vez en cuando con el faraón, y debían conformarse con observarlo desde lejos, mientras él daba un paseo en compañía de otra, despertando así los celos más violentos de las demás, que lo miraban mientras sus cabezas, literalmente, echaban humo.

El harén siempre se ha identificado con la imagen de un avispero; sin embargo, el encargado de mantener el orden en él era una suerte de jefe condecorado con el símbolo de una abeja. Lo que no dejaba de ser un eufemismo con el que nadie tragaba. Todo el mundo sabía que un montón de mujeres encerradas, que apenas podían oler el perfume de los jardines que las rodeaban y que no tenían otra cosa que hacer más que emperifollarse para ver quién estaba más guapa, no eran precisamente la comunidad más tranquila y laboriosa que cabe imaginar. No, el harén nunca fue una colmena sino un avispero.

En el harén, a las mujeres les resultaba muy difícil ejercer el poder, salvo en lo que se refiere a los manejos, trampas y embrollos propios del lugar. Ninguna ha pasado a la historia por destacar dentro de uno de ellos. El harén era un espacio opresivo que las uniformaba, las igualaba, diluía su personalidad hasta volverlas unas simples intrigantes y chismosas. No permitía que el temperamento de una mujer especial se desarrollase en todo su esplendor. Anulaba a las «esposas». Las deformaba, de alguna manera, hasta hacerlas unas simples y vulgares prostitutas ociosas.

También se ocupaba del harén un subjefe, además de una serie innumerable de eunucos. Todo un pequeño ejército de hombres desprovistos de su masculinidad, los únicos autorizados para vigilar la colección de compañeras sexuales del faraón. A ellos había que añadir a los criados, más mujeres que hombres, que se hacían cargo de la intención y mantenimiento de aquel microcosmos palaciego.

Lo raro es que, con un harén como el suyo, Ramsés II aún tuviera tiempo de perseguir a los judíos cuando, dirigidos por Moisés, iniciaron su éxodo hasta el mar Rojo.

Aunque es probable que, incluso durante aquella búsqueda feroz, toda una campaña bélica, Ramsés viajase acompañado por algunas de sus desilusionadas mujeres, encantadas de dejar el harén durante un tiempo para vivir emociones fuertes lejos del aburrimiento de palacio.

LA MUJER CON PODER EN LOS PUEBLOS DE LA ANTIGÜEDAD

En el Asia Menor (la actual Turquía), y en lo que hoy llamamos Oriente Medio, la mujer no siempre tuvo la suerte de ser apreciada con la misma devoción que en el antiguo Egipto o en la Confederación Hitita.

Hace seis mil años la mujer sumeria era una compañera para su marido, trabajaba la tierra junto a él, recogía sus hortalizas y el fruto de los árboles que ambos habían plantado. Los sumerios-acadios eran unos excelentes agricultores, que vivían entre el Tigris y el Éufrates, en la antigua Mesopotamia —una región histórica del actual Oriente

Medio—, y constituían la más antigua civilización del mundo. No sabemos con exactitud de dónde procedían, pero sí que eran mañosos cultivando cereales, frutales y legumbres. Gracias a ellos se levantaría Babilonia, la cuna de la humanidad, donde los seres humanos empezaron a forjar la primera brillante civilización después del diluvio universal. Consiguieron canalizar ríos mediante fabulosas obras de ingeniería y convertir en un oasis lo que hoy no es más que un desierto.

En Babel se erigió la famosa torre de unos cien metros de altura, formada por pisos que se iban haciendo más pequeños conforme ascendían en su ambición por escalar hacia el cielo. El último piso, el ático de la Torre de Babel, alojaba un maravilloso templo, un santuario cuya fama fue recogida por grandes historiadores como Diodoro o Estrabón, y también por los autores de la Biblia.

Los sumerios formaron familias unidas por estrechos lazos de afecto y amor; ellos inventaron la primera escritura cuneiforme que conocemos y que más tarde se transmitiría a los asirios y a los babilónicos, junto con todos sus conocimientos artesanos y agricultores.

La mujer sumeria no era como la egipcia, carecía de tan refinada coquetería, era sencilla y seria, de cara alargada y nariz grande. Se adornaba con diademas y apreciaba los peines de oro incrustados con piedras preciosas. El hombre que quería divorciarse tenía que pagar una fuerte multa, que iba a parar al erario público, con lo que a veces se le quitaban las ganas de separarse de su mujer. Esto es, más o menos como ahora... La familia fue monógama hasta que, andando el tiempo, empezó a tolerarse que el hombre tomara alguna concubina, y a partir de ahí las cosas siguieron otro rumbo.

Por entonces no existían naciones y países tal y como los conocemos ahora, sino que las ciudades eran independientes, pequeños estados que administraban la justicia a su conveniencia, gobernados normalmente por los sabios ancianos del lugar, los sacerdotes, gobernadores, escribas o los guardianes de los canales, que tanta importancia tenían en aquella civilización que apreciaba el agua como un bien extraordinario.

Muchos siglos más tarde, hubo una invasión de pueblos semitas que procedían de Siria y que se instalaron en la región, creando el pri-

mer imperio babilónico en la ciudad de Babel. De aquella época es el famoso Código de Hammurabi (nombre del primer rey que se ocupa de la mujer y legisla sobre ella). Este primer código legislativo, que inspirará a los pueblos vecinos a la hora de gobernar, decía claramente que si un hombre tomara esposa y no hiciera un contrato matrimonial, el matrimonio no sería válido. Establece así la necesidad de legitimar la unión conyugal, de refrendarla ante la autoridad. Ello aportaría un amparo legal a la mujer del que carecía hasta entonces.

El Código de Hammurabi no fue, contra lo que pueda parecer, un reglamento compasivo. Todo lo contrario: era claro, recto y muy severo. Por lo general, aplicaba el principio del «ojo por ojo y diente por diente» como ley más justa. Lo que, al fin y al cabo, no dejaba de ser un comprensible decálogo para el pueblo, una serie de reglas que establecían orden y que, al ser acatadas por los súbditos, proporcionaron al reino un nivel de bienestar y de tranquilidad social nunca antes conocido. Quizás por eso tuvo tanto éxito que fue imitado por los pueblos vecinos. Cada templo de cada ciudad del reino tenía su propia copia grabada en piedra, para que luego nadie se hiciese el ignorante con respecto a las normas de convivencia.

Pero la vida de la mujer en Babilonia no era fácil. Los padres enviaban a sus hijas casaderas a un lugar donde todos los años tenía lugar una subasta de novias, un mercado de jóvenes dispuestas a casarse. Un pregonero se encargaba de vocear los encantos de cada una de las muchachas. Primero vendía a las más guapas y terminaba con las feas, que se iban adjudicando en pública subasta. A las más imperfectas se les otorgaba una dote producto de las sobras de dinero que quedaban después de la venta de las más agraciadas. Los hombres compraban a las mujeres a buen precio si eran bellas, y recibían un pago por ellas si eran especialmente desagradables. De manera que los ricos se casaban con las jóvenes más hermosas y los pobres se llevaban a casa a un adefesio, eso sí: dotada de unas buenas monedas para hacer más llevadero el mal trago. Y es que la mujer solo era juzgada por su apariencia.

Un escriba redactaba el contrato de matrimonio, firmado por varios testigos, porque aquel no era un simple mercado de la carne, que también, sino que cada uno de los hombres que elegía, y compraba,

esposa estaba obligado a casarse con ella. Para certificarlo, el notario colgaba del cuello de la mujer una especie de medallón de barro cocido donde se explicaba cuál era el nombre de ella y el de su recién estrenado marido, así como la fecha en que la chica había sido comprada.

Las hijas de familias ricas, tal y como ocurre siempre, se veían libres de someterse a aquella humillación: su familia ya se encargaba de pagarles una dote y encontrarles un marido a su conveniencia. Aunque debían tener buen cuidado de no contrariar a sus padres, pues, si su progenitor se enfadaba con ellas, podía venderlas como cualquier padre vendía a una vulgar campesina...

Desde luego, los métodos de las mujeres para encontrar marido han sido, a lo largo de la historia, muy variados, desde los mercados babilonios de jóvenes casaderas hasta los portales de internet para infieles e insatisfechas.

Las chicas de la época también se veían sometidas a un rito repulsivo y degradante: en fechas concretas se veían obligadas a acudir al templo de Ishtar y esperar allí a que el primer extranjero que pasara se decidiera a acostarse con ellas. Esto es, que las obligaban a prostituirse al menos una vez en la vida. Las más guapas, tal y como siempre ocurre, no tardaban en cumplir con el trámite, pues los forasteros se las rifaban; pero si eran mujeres feas o especialmente poco agraciadas, permanecían en el templo muertas de asco durante días, hasta que alguno de aquellos hombres que merodeaban por el santuario se apiadaba de ellas y las liberaba de su obligación dándoles un revolcón rápido.

En la obra *Los nueve libros de la historia*, Heródoto se queda atónito y censura esa costumbre bárbara diciendo:

La costumbre más infame que hay entre los babilónicos es la de que toda mujer natural del país se prostituya una vez en la vida con algún forastero, estando sentada en el templo de Afrodita. Es verdad que muchas mujeres principales, orgullosas de su opulencia, se desdeñan de mezclarse en la turba con las demás, y lo que hacen es ir en un carruaje cubierto y quedarse cerca del templo, siguiéndolas una gran comitiva de criados. Pero las otras, conformándose con el uso, se sientan en el tem-

plo, adornada la cabeza de cintas y cordoncillos, y al paso que las unas vienen, las otras van. Entre las filas de las mujeres quedan abiertas de una parte a otra como calles, tiradas a cordel, por las cuales van pasando los forasteros y escogen la que más les agrada... (I, 199)

Según Heródoto, las mujeres no podían rechazar al forastero que las elegía, se veían obligadas a seguirlo para satisfacer sus deseos, fuesen estos los que fueren. Y aseguraba que las más feas podían permanecer en el templo incluso durante tres o cuatro años hasta que conseguían cumplir con aquella humillante costumbre que las rebajaba, como si no tuviesen ya bastante con su vida diaria.

Cuentan que Amitis, esposa de Nabucodonosor, procedía de Persia y añoraba terriblemente las montañas de su patria; habituada al verdor de aquellos montes de su infancia, estaba deprimida ante la visión de las llanuras babilónicas, polvorientas y monótonas, secas y amarillas como un paisaje ultraterrestre.

Su marido, que por lo visto era un cónyuge muy atento, no sabía qué hacer para elevar el ánimo de su mujer, a la que amaba con locura. Gracias a este amor, Amitis ejerció una influencia y un poder omnímodo en la civilización de la que todos procedemos, cuyos ecos resuenan todavía en nuestros oídos sugiriendo sueños que espolean nuestra imaginación.

Un buen día, el señor llamó a sus arquitectos e ingenieros y les dijo que deseaba construir una montaña artificial. Y lo hizo. No tenía que dar cuenta a nadie sobre sus problemas de déficit o de deuda externa, de modo que sufragó los gastos sin un titubeo.

Hablamos de una obra que se inició lo más probable en el año 605 a. C., en un territorio que ahora pertenecería a Irak.

La montaña estaba anclada en unos gigantescos arcos, en cuya cúspide hizo plantar grandes cantidades de tierra fértil babilónica en la que sembrar buenos árboles, plantas trepadoras y flores delicadas. Una gran avenida conducía al palacio de Ishtar, la diosa del amor, que él hizo adornar con ladrillos vidriados llenos de grabados con dragones y toros alados. Así nacieron los Jardines Colgantes de Babilonia, considerados una de las maravillas del mundo antiguo. Si un arquitecto

moderno decidiera reconstruirlos a escala real, podríamos contemplar un auténtico milagro de ingeniería increíblemente avanzado para su época —e incluso para la nuestra—, además de un prodigio poético hecho refinada arquitectura y escrito en forma de voluptuosidad vegetal.

En el año 125 a. C., después de haber visto al gran Alejandro Magno caminar por ellos, un rey imbécil e insignificante —un tal Evemero, del que no se conoce ninguna hazaña digna de reseñar— acabó por destruirlos, aunque es cierto que ya llevaban mucho tiempo en un estado de total abandono.

No se sabe si su construcción obedece realmente al deseo de curar la melancolía de la reina Amitis por parte de su marido Nabucodonosor, pero a algunos nos gusta pensar que pudo ser así, y que aquel prodigio constituyó una prueba de amor cuya legendaria fama ha sobrevivido al paso de los milenios.

Así de desproporcionado ha sido el poder de la mujer a lo largo de la historia. Omnímodo pero insignificante. Relegado a un segundo plano, aunque persistente y afanoso. Capaz de mover montañas, de crear montañas de la nada, como en el caso de los Jardines Colgantes de Babilonia, y tan pequeño que ni siquiera bastaba para que una muchacha pudiera convencer a su propio padre de no ser vendida como esposa en una plaza pública.

La mujer ha ejercido, siempre con las armas que tenía a su alcance, su influencia en el hogar, a través del poder de la intimidad, mediante la posesión del lazo que une los afectos, los sentimientos y los deseos. Las mujeres han sido propietarias e inquilinas de los lechos conyugales, actuando en ellos como amantes, como señoras, como reinas y como esclavas. Pero la mayor parte de su historia, la mujer ha vivido sometida a los antojos, gustos y manías del hombre, y ha procurado sobrevivir al lugar que otros le asignaban en el mundo, manteniendo en lo posible la cordura, aferrándose al amor, o al sexo, y usándolos como moneda de cambio llegado el caso.

No todas las mujeres que aparecen en este libro despiertan seguramente la misma devoción, ni en el lector ni en mí misma como autora de estas páginas. He explorado sus vidas con una mezcla de cu-

riosidad, temor reverencial y fantasía narrativa. En varios casos, he completado con elementos de la intuición y recreación literarias las lagunas que han dejado las crónicas sobre la existencia de estos personajes siempre magníficos, porque creo que merece la pena recordarlos. No he podido resistirme ante la idea de imaginar cómo serían sus conversaciones privadas, sus deseos más íntimos, sus aspiraciones más inconfesables.

Los contemporáneos las mirarán con admiración, simpatía, compasión o incluso horror, pero todas ellas son representativas de la evolución del papel de la mujer en la historia, y todas tienen algo en común al resto de las mujeres que han existido en el mundo. Y con las que vendrán. La naturaleza humana, pese al transcurso del tiempo, sigue siendo la misma, e idénticas preocupaciones, pasiones, ambiciones y apetitos —o muy parecidos— pudieron pasar por la cabeza y el pecho de una sacerdotisa cretense, una reina egipcia, una inteligente adolescente de raza mexicana o la calculadora amante de un rey francés. Todas fueron hermosas de muchas maneras.

Tal y como decía aquella vieja estela fúnebre romana, que celebraba la existencia de una matrona romana, madre de familia, y que podría aplicarse seguramente a cualquier mujer:

PASAJERO: BREVE ES MI DISCURSO. ESPÉRATE Y LEE.
ÉSTA PIEDRA CUBRE A UNA MUJER BELLA.

Las mujeres de este libro, aun cubiertas por la losa grave de la historia, todavía tienen muchas cosas que decir. En espera de que las mujeres del futuro consigan que ninguna piedra las cubra y les impida ser libres.